

NORBERTO PINILLA / MANUEL ROJAS

———— **TOMAS LAGO** ————

1

8

4

2

**PANORAMA Y SIGNIFICACION DEL
MOVIMIENTO LITERARIO ★ JOSE
JOAQUIN VALLEJO ★ SOBRE EL
ROMANTICISMO**

EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

———— **1 9 4 2** ————

PRIMERA PARTE

I

En uno de los días de Agosto o de Septiembre de 1880, meses muy lluviosos ese año, se presentó a la casa de Benjamín Vicuña Mackenna una persona que solicitó hablar con él. Se la hizo pasar al despacho del escritor y éste vió aparecer, tapada con vergonzante manto, a una anciana que le pidió la ayudara a conseguir del Senado una pensión de gracia: era hermana del capitán don Francisco Vallejo, el último oficial chileno muerto por la independencia de Chile, en los Altos del Pudeto, puerto de Chiloé, el 14 de Enero de 1826.

La anciana, que se llamaba doña Manuela Vallejo, andaba errada respecto del lugar y fecha en que había muerto

el capitán: sostenía la buena señora que el ardoroso oficial de la Compañía de Cazadores más antigua del ejército chileno había muerto en la sorpresa de Cancha Rayada, ocho años antes de la batalla de Los Altos de Pudeto, y aunque eso daba, a sus ojos, más méritos a la muerte de su hermano, hubo de reconocer, a instancias de don Benjamín, que estaba equivocada.

Aclarado el punto, Vicuña Mackenna manifestó a la señora sus dudas acerca de la posibilidad de que el Senado accediera a la solicitud que la preocupaba: desde 1826 hasta 1880 era mucha la gente que, ya en una parte, ya en otra, había rendido la vida y la seguía rindiendo en defensa la república o de los bandos que habían peleado dentro de ella. La lista de héroes era enorme y enorme también la lista de las personas que habían solicitado y solicitaban, por uno u otro motivo, pensiones de gracia. En su caso, no obstante, había una esperanza y esa esperanza la constituía el hecho de que doña Manuela fuese, al mismo tiempo que hermana del capitán don Francisco Vallejo, hermana del escritor del mismo apellido, José Joaquín. Aquellos que negarían su voto a la hermana del conquistador de Chiloé, lo concederían tal vez a la hermana del más popular de los escritores chilenos de la época.

Y Vicuña Mackenna, convencido de que sería así, redactó en el acto la solicitud. Al terminar recibió, de manos de la anciana y como recompensa, un puñadito de cartas ya casi deshechas por la polilla y por el uso.

I I

Por aquellas cartas supo Vicuña Mackenna que el primer Vallejo llegado a Copiapó a mediados del siglo dieciocho procedía de México y era español y alférez real, condición esta última que le daba derecho para entrar calzado de botas y espuelas a las iglesias, mientras que la primera, la de ser español, le daba todos los derechos de que hubiere menester sobre los humildes habitantes de aquel valle.

Llamábase el alférez Gabriel Alejo. Casado con chilena tuvo en ella numerosa prole, entre la que se llegó a contar un escribano, un clérigo, un capitán de puerto y un colono que contribuyó a poblar las incipientes ciudades de Parral, San Carlos y Linares; finalmente, un platero, don Ramón.

Este don Ramón, casado con doña Petronila Borkoski, nieta de un distinguido caballero polaco, señora a quien los vecinos de Copiapó llamaban doña "Petita Borcosque", repitió la suerte de su padre: tuvo doce hijos, "y al cabo del último —dice Vicuña Mackenna— que es la solicitante, nacida en 1820, el padre quedó tullido. ¿Ni qué menos?"

De este matrimonio nació, el 19 de Agosto de 1811, el que, andando los tiempos, llegaría a ser el famoso *Jotabeche*.

I I I

Muy poco, nada mejor dicho, se sabe de los primeros años de vida de José Joaquín Vallejo. Seguramente, como tantos

otros respetables chiquillos contemporáneos suyos, fué un poco pata de perro, apedreador de pájaros, bueno para elevar volantines, reacio para lavarse la cara y animoso para ensuciársela. Se sabe, sí, que su pobreza, así como posiblemente la de todos sus hermanitos, fué extremada. En 1819 su hermano Francisco, que era ya sargento, enviaba a su madre, desde La Serena, "media vara de bayeta de Castilla y vara y media de coco" (tela de percal) para que le hiciesen una camisa al hermanito José.

La hechura y estreno de esa camisa debe haber coincidido con el terremoto que en ese año de 1819 arruinó a Copiapó y dió motivo para que la familia Vallejo Borkoski, una parte si no toda, emigrara hacia La Serena, emigración que en 1842 José Joaquín Vallejo recordaba con estas palabras:

"Un terremoto espantoso acababa de asolar a Copiapó. Las gentes lo habían abandonado casi del todo y vagaban por los áridos peñascos de las inmediaciones llorando sus perdidos hogares y aplacando con penitencias la cólera divina. Sus calles, señaladas entonces por líneas paralelas de escombros, inspiraban una abrumadora tristeza, un dolor mudo como el silencio de sus ruinas. Nada más melancólico que la vista del solar de un pueblo donde ya nadie habita. Un cementerio tiene más señales de vida: las cruces, los epitafios y los mismos sepulcros que la vanidad rodea de aparato, nos revelan una nueva existencia, la existencia de la eternidad; pero una ciudad desierta es la imagen del caos, el tipo de la destrucción general del universo. El 10 de Mayo de 1819

salí de aquí en compañía de varias familias que emigraban al Huasco y a La Serena. Poseídos todos de un sentimiento amargo, dijeron sus adioses al país de su cuna, bien así como si se despidieran de un amigo dejándole abandonado a un irreparable infortunio. Huían de un sitio en que temían encontrar su sepulcro, pero lloraban; porque aún el feliz asilo en el extranjero, hace recordar con doble amargura las desgracias de la patria." (Jotabeche: *Copiapó*.)

El joven José, tal como el del Génesis, no debía regresar tan pronto a su tierra. Recogido por una tía llamada María, fué enviado al Liceo de La Serena, donde estudió durante cinco o seis años, llegando a ser, al cabo de ellos, profesor con goce de sueldo. De este sueldo, seguramente muy pequeño, José Joaquín sacaba cuatro pesos en plata que enviaba a su madre como mesada. En 1828 escribía a su madre la siguiente carta:

" Sa. Da. Petita Boscosque.

" Coquimbo, 22 de Sep. de 1828.

" Mi querida madre: tengo el gusto de saludarle deseándole completa salud e igualmente a toda mi casa, yo quedo bueno para que me mande e igualmente mi tía Mariquita.

"Madre: ya hace más de un mes a que estoy esperando una proporción para escribirle pero no se ha encontrado a pesar de mis encargos que *hedexado* a las personas conocidas, pero *hahora hee* encontrado una con Dn Guillermo *Haumadet*, con el que *leremito* 4 ps. en plata pues la mesadita que le había dicho de ponérsela en esa no se la he puesto a causa de que el colegio creo se acabará con mucha bre-

vedad, en este caso tendría que retirársela, pero madre esté U. segura de que la socorreré como yo pueda mejor, por *ahora* parece que el regalito es cierto, pero ha de ver U. que he empleado mi corto sueldo en componer mi ropita que estaba un poco maltratada y *amás* de eso he compuesto una capa *nueva* que *dexó* el finado (el tío), haciendo de ella otra a la moda, la que me *tubo* de coste 12 ps. A más de que a mi tía no la *amolesto* en nada a causa de que se halla pobre. Desde Pascua de Navidad á que no le pido nada, aunque ella me reprende por que no le digo lo que necesito.

“He sabido por don Matías Ramos se hallado muy enfermos Uds. en especial Da. Merceditas de un dolor que se le había cargado al pecho lo que proviene sin duda del galope que dió juntamente con otras señoritas *Ballejos* a la fiesta de Guasco Alto. Madre remito a la Manuelita una medallita de a 2 que es una de las que se repartieron en Lima a los oficiales chilenos y que también la llevó con honor mi hermano.

“Muchas *expresiones* a mi Padre que siento mucho la incomodidad que tuvo a mi tío y en fin a Raimundo y a todos mis hermanos.

“Se me había *olvidado* el decirle que recibí su encomienda la que le estimo grandemente a pesar de la mala suerte que *tubieron* las pasas, pues apenas había tomado yo unas pocas para probarlas cuando al menor descuido jugaron una colegialada con ellas.

“Soy su siempre *amado* hijo. Que B. S. M.—José Joaquín *Ballejo*.”

Daba lecciones a domicilio y en ellas se atrevía hasta con las niñas. En la carta hay un postdata que dice:

“A la Merceditas que *hay* le mando 4 pepas de *siruelas* de francia, que me las regaló una *disípula* y a quien le regalé sus naranjas...”

“Y vista la ortografía del maestro de la *disípula* —dice Vicuña Mackenna— ¿sería fuera de lugar llamarle *maestro siruela*?”

José Joaquín Vallejo tenía por entonces diecisete años.

I V

Tal como Vallejo presumía, el liceo cerró pronto sus puertas, perdiendo así, el joven *maestro siruela*, estudios, empleo y sueldo. En 1830, sin embargo, la suerte vino en su auxilio: la municipalidad del departamento de Coquimbo, atendiendo a los méritos que había puesto en evidencia en el fenecido liceo, le eligió para ocupar una de las cuarenta y dos becas que el Estado había creado en el Liceo de Chile, institución fundada en Santiago, en ese tiempo, por don José Joaquín de Mora, que la dirigía. Por orden del Presidente de la República las becas debían ser distribuídas por los constituyentes que en ese mismo año firmaron la Constitución, y don Ventura Marín, representante de Coquimbo, fué el que encomendó a aquella municipalidad la elección del

joven que debía ocupar la que a ese departamento correspondía.

José Joaquín Vallejo vió el cielo abierto: lió sus petates, se despidió tiernamente de doña Mariquita, escribió una larga carta a doña Petita comunicándole las buenas nuevas y pidiéndole bendición, dijo adiós a La Serena y a sus *discípulos* y *discípulas* y se largó para Santiago, donde, en Febrero de 1830, se presentó al Liceo de Chile, rindió sus exámenes de aritmética, álgebra, latín y filosofía y quedó incorporado, seguramente muerto de gozo, al flamante colegio.

Desgraciadamente para él, aquel cielo, tal como el de La Serena, no estuvo abierto mucho tiempo: el Liceo de Chile, establecido y sostenido por el gobierno y el Partido Liberal (Mora militaba bajo la bandera de este partido), cerró sus puertas junto con la caída de sus sostenedores.

Y otra vez el joven copiapino, ahora lejos de sus lares, quedaba, no ya sin empleo ni renta —que no los tenía en Santiago— sino que, lo que era más deplorable, con muy pocas posibilidades de poder continuar sus estudios.

No desesperó, sin embargo, y si desesperó no llegó a darse por vencido. Había logrado, durante el breve espacio de tiempo que permaneció en el Liceo de Chile, perfeccionar sus estudios literarios. Había entrado, además, en relaciones amistosas con algunos jóvenes condiscípulos suyos, Manuel Antonio Tocornal y Antonio García Reyes entre ellos, que no sólo le apreciaban sino que le querían o llegaron a querer-

le como a un hermano, el primero sobre todo, que tuvo con él una entrañable amistad.

Esa amistad le sostenía en parte, y el joven provinciano, poniendo a mal tiempo buena cara, se inscribió para seguir como externo, en el Instituto Nacional y en 1832, la clase de legislación, clase que no pudo seguir por mucho tiempo: asediado por la necesidad, quizá si por el hambre, hubo de renunciar a ella y aceptar un empleo en una tienda.

¿Qué clase de dependiente haría? Imposible imaginarlo. Mejor dicho, podemos imaginarnos dos: uno, amargado, gruñón, violento con los torpes clientes, enemigo de la vara de bayeta y de la libra de azúcar; otro, irónico, lleno de refranes y pullas, atento con las viejas, burlón y amable con las niñas. Nos inclinamos, claro está, a creer en el segundo: Vallejo unía a su rica imaginación un espíritu práctico. Puesto a escribir o estudiar, escribía y estudiaba; puesto a trabajar, trabajaba. Pero sea como haya sido, amargado o alegre, indiferente o atento, no duró mucho allí. En 1835 el ministro don Joaquín Tocornal, padre de su amigo Manuel Antonio, le nombró para desempeñar, en la Intendencia de Maule, el puesto de secretario.

Aquello era, otra vez, el cielo abierto, cielo que, no obstante, presentaba una nube: Vallejo era liberal; el ministro que le ofrecía el puesto, conservador. Y aunque su liberalismo no era ni fué nunca demasiado ardiente, pues Vallejo careció siempre de una pasión política determinada (nueve años después diría, hablando de los pipiolos: "Fueron santos milagrosos en un tiempo, pero hoy son hombres más

para Plutarco que para nuestra época”), estimó indispensable, para salvar por lo menos las apariencias (a pesar de lo cual fué acusado de tráfuga), tener una entrevista con el general Prieto, entrevista que en 1840 relató del siguiente modo: “Cuando el general, actual Presidente, me propuso en 1835 la secretaría de la Intendencia de Maule, que des-
empeñé por sólo ocho meses, le hice ver que mis opiniones políticas eran contrarias a la administración; S. E. me contestó que el gobierno no se fijaba en eso, sino en la honradez, para ocupar a los hombres.”

Con la conciencia ya más tranquila, partió a hacerse cargo de su puesto.

V

Tenía por entonces veinticuatro años y nadie habría podido ver en él al escritor que llegó a ser ni al hombre de partido y de negocios en que llegó a convertirse en la madurez. Asediado por la necesidad, lejos de su querido Copiapó, sintiéndose siempre provinciano, separado de sus queridos y pobres padres, Vallejo, aunque de espíritu sereno, debió sentir, muchas veces, que su valor le abandonaba. No tenía ilusiones y quería vivir, pero aún esto le era difícil. Para colmo de desdichas, se enamoró.

¿Cómo y cuándo? Imposible decirlo. ¿Conoció a la dama de sus pensamientos mientras vendía varas de género detrás del mostrador de aquella tienda o la conoció en una de

las fiestas a que alguna vez le invitaron sus amigos? No lo sabemos: no hay, ni en sus cartas ni en los estudios y biografías que se le han dedicado, referencia alguna acerca de ello. Sólo un nombre ha pasado a la posteridad: *Telmida* (Matilde). ¿Era Matilde o Telmida, una dama de gran familia o de gran posición? ¿Conoció, siquiera, la pasión que había provocado? Misterio.

En la correspondencia que Vallejo mantuvo con don Manuel Talavera se encuentran dos cartas en que habla de sus amores, pero en tono tal que más bien parece hablar de su martirio:

En una de ellas dice:

“Yo te tengo envidia, aunque te quiero mucho, y tanto para no envidiar ninguna de tus dichas... En fin, no quiero ir más adelante, porque vendríamos a parar en que te dijese que, como eres un pícaro y un mal hombre, por eso eres feliz en este mundo. Yo que soy tan bueno, y que amo como nadie puede amar en la tierra, paso malas noches, soñando únicamente en una felicidad que ojalá nunca me la hubiera pintado el amor. ¡Hombre de Dios! este amor... ¿qué diablos contiene? ¿Por qué me maltrata tanto? ¿Cuándo se acaba? Un *quien sabe* es toda respuesta. Nunca han tenido otra solución mis preguntas. Es tanto lo que he sufrido por el amor, estoy tan mal con él, que no quisiera ya recibir ningún favor suyo, sino vivir para siempre en una eterna guerra con su tenacidad y sus tonteras. ¡Ojalá no fuera nunca feliz por el amor! Mira a dónde llega mi soberbia.”

A pesar de todas sus buenas intenciones y de sus "cho-reos", como él mismo decía, no pudo olvidar nunca a la mujer de quien se había enamorado; siguió amándola por años y años y no volvió a enamorarse de ninguna otra.

V I

La secretaría de la Intendencia del Maule significó para José Joaquín Vallejo algo que él estaba muy lejos de suponer que significaría: en primer lugar, entró con ello en un mundo que desconocía hasta ese momento: el mundo de los hombres, el mundo de las pasiones y de los intereses, pasiones e intereses que al chocar con él iban a arrancarle sus primeros sarcasmos y sus primeras bur-las; en segundo lugar — y esto resultó para él y para la literatura chilena lo más importante — aquello le daría oportunidad para ensayar, por primera vez, el temple de su pluma, pues así como en algunos escritores la inspiración surge después de hondas meditaciones o de reposadas lecturas, en otros, como en Vallejo, surge después de las primeras escaramuzas con los hombres.

Esas escaramuzas, sin embargo, no resultaron para él ni tan suaves ni tan inofensivas.

Era intendente del Maule y jefe inmediato suyo, un coronel llamado Domingo Urrutia, persona que supo apreciar desde el primer momento las virtudes y los méritos del joven secretario. Intimó con él, protegiéndole, y a

los ocho meses de su estada en Cauquenes, sede de la intendencia, el secretario renunció a su puesto y se dedicó al comercio, asociado a su ex-jefe.

Las cosas marcharon bien durante algún tiempo y parece que Vallejo, que era, como ya dijimos, hombre de imaginación y de espíritu práctico a la vez, logró hacer algunas apreciables ganancias. Esas ganancias, sin embargo, iban a costarle caras.

A principios del año 1840 las relaciones de los socios sufrieron un cambio radical: de cordiales que eran, se convirtieron en ásperas y agrias. Se ignoran los motivos íntimos o personales que el hijo de Copiapó tuvo para darse vuelta en contra de su ex-jefe y presente socio. Lo cierto es que de la noche a la mañana se convirtió en uno de los principales caudillos de una fuerte oposición que se levantó en el Maule contra el intendente. Pero eso no fué todo. Enardecido, Vallejo, que nunca fué ni atinado ni previsor en política, cometió una grave imprudencia: fué a Talca, se entrevistó allí con don Manuel Bulnes, que aparecía como uno de los candidatos presidenciales de más probabilidades para el próximo período constitucional, y le ofreció, a cambio de la destitución de Don Domingo Urrutia, cooperar al triunfo de los candidatos gobiernistas en las próximas elecciones de diputados. (Recordemos que Vallejo, según él mismo había dicho, tenía "opiniones políticas contrarias a la administración"; recordemos, también, que en la lucha presidencial que ocurrió pocos meses después de aquella entrevista y de

aquel ofrecimiento, tomó partido por don Joaquín Tocornal — que le había proporcionado el puesto en el Maule y que era el candidato del más puro e intransigente peluconismo — en contra de don Manuel Bulnes, de quien llegó a decir palabras como las siguientes: “¿Es acaso suficiente mérito la bravura (se refería a los éxitos de Bulnes en la campaña contra la Confederación Perú-Boliviana), para querer nada menos que la presidencia de la República? Si así fuese, nadie podría regir mejor los destinos del pueblo que un perro de presa, un toro *orejano* o un león del desierto... El general Bulnes debe limitarse a conservar sus glorias, a gozar de sus triunfos y a mantener *siempre verdes* sus laureles en el benigno clima de la frontera, sin pretender ir más allá de lo que le permiten su talento y sus facultades.”) Y había más aún. Vallejo no se limitó a aquellas actividades políticas: su lengua, su terrible lengua, hacía estragos en la reputación del intendente y socio. A esa arma vino a agregarse otra, más temible aún por la extensión que abarcaba: su pluma. Y como, por esos tiempos, en la lejana villa de Cauquenes no existía imprenta ni nada que se le pareciese, Vallejo hubo de conformarse con desahogar sus iras en artículos manuscritos que hacía circular entre sus amigos y entre sus enemigos, provocando en unos francas carcajadas y tremendas rabietas en los otros. El escritor empezaba a nacer.

El coronel, sin embargo, era la autoridad y tenía la sartén por el mango: José Joaquín Vallejo, que era, a la vez

que comerciante, capitán de un batallón de cívicos (cosas de la época), acusado de desacato a la autoridad fué a dar con sus huesos a la cárcel.

Esto ocurrió el día 28 de Marzo de 1840.

Incomunicado, con barras de grillos en los pies y sin encontrar a nadie que oyese sus reclamaciones, pasó allí cinco días. El 2 de abril, remitido a Chillán, fué puesto a disposición del general Bulnes, quien, no sospechando las impertinencias que llegaría a decirle aquel mozueto, ordenó ponerle en libertad. El coronel, sin embargo, no estaba dispuesto a soltar la presa así como así: llegado ese mismo día a Chillán, consiguió, por medio de una acusación que ignoramos, pero que Vallejo califica de calumniosa, se le formara causa, y el general Bulnes hubo de hacerle regresar, bajo su palabra de honor, a Cauquenes, donde se le detuvo de nuevo y se le tuvo incomunicado durante veintitrés días.

Inútiles fueron sus lamentaciones, sus bravatas y sus gritos de auxilio a Santiago: el coronel era inflexible.

“Hoy hace dos días que terminó el proceso de mi causa y aún nada adelantamos en la reunión del consejo. El trato que me da Urrutia es caballuno; pero eso no me admira, porque, poniéndome yo en su lugar, y que él reemplazase el mío, poco me parecería dejarle ciego, cojo, sin lengua y sin narices.” (Carta a Manuel Talavera.)

“Esta incomunicación de noche me abruma; y las de la estación (era el mes de junio), son tan largas que, en cada una de ellas, escribo, leo, pienso, como, bebo, duer-

mo y siempre me sobra soledad y sobran tinieblas. De veras, me tratan muy mal; y lo peor de todo es que contra cuanto hay de sagrado en el universo, se me quiere eternizar en la desgracia. Más generosos serían metiéndome en el pecho cuatro balas. Las maulinas son las únicas que me visitan: ellas no tienen miedo a ese diablo; pero conozco y aconsejo como medida muy prudente la de que no me vean los hombres. Cuando nota Urrutia que alguno frecuenta mi prisión, le manda llamar y le dice: "Sé que Ud. con Vallejo me han estado pelando; y que siempre que ambos se reunen en su arresto, hacen lo mismo", etc., con otras cosas y amenazas, de suerte que ya se mira como un delito de *lesa-intendencia* el venir a verme." (Id., Id.)

(¿Quiénes eran las maulinas? Se nos ocurre que las maulinas eran, como *las petorquinas*, mujeres de canto y baile, y Vallejo, que era aficionado a ambas cosas y que, como jaranero fino, sería generoso con las mujeres que le cantaban y con las cuales bailaba, tendría entre ellas muchas admiradoras.)

Reunido el consejo de guerra de oficiales generales, absolvió a Vallejo de la acusación que se le hacía. El coronel, sin embargo, hizo tanto caso de esa absolución como del lucero del alba: allí lo tuvo, sin pensar en ponerlo en libertad. Por fin, desesperado, dado a todos los diablos, Vallejo recurrió a lo que hasta ese momento se había negado a recurrir: el 30 de agosto, a medianoche, ayudado por algunos amigos, se fugó del cuartel. Y he aquí cómo

cuenta él mismo la sensación que su fuga produjo en Cauquenes:

“Parecía Cauquenes en estos momentos una plaza asaltada por los Pincheiras, una revolución de *pipiols*, una declaración de sitio, un nuevo 20 de febrero, una nube preñada de truenos, en fin, una granizada de arbitrariedades y de golpes de intendencia; pero en resumen no era más que un corto desahogo del *señor* don Domingo. Inútil sería decir a Ud. que en tamaña tribulación, unos se escondían, otros fugaban al campo, otros cerraban sus puertas, y no pocos se refugiaban en los templos a pedir a la patrona del pueblo, Nuestra Señora de Manzo, que amansase la tormenta; la que, gracias al cielo, terminó como terminan siempre nuestras borrascas *intendenciales*. Una parte de la guardia fué puesta en prisión y con grillos; Castilla, defensor de Vallejo, corrió igual suerte, y sólo el día 7 le quitaron las prisiones y le pusieron en libertad. Don Roberto Newland, inglés residente en esta provincia, a pesar de su calidad de extranjero, fué también reducido a la cárcel pública por su amistad con Vallejo, después que el intendente insultó con grosería a él y a su nación, y puso de vuelta y media a la pobre reina Victoria, cuyo nombre profirió el inglés reclamando las consideraciones que como a súbdito suyo se le debían.”

Algún tiempo después la corte marcial confirmó el fallo absolutorio del consejo de guerra de oficiales generales.

VII

Vallejo, armado de su nueva y temible arma, la pluma, llegó a Santiago con ímpetus de ángel exterminador. Furioso contra el general Prieto y contra don Manuel Bulnes, a quien acusaba de no haber cumplido la palabra que le había dado (la de destituir de la intendencia del Maule a don Domingo Urrutia), se alistó entre los más feroces adversarios de ambos, empezando a colaborar en uno de los más soeces y virulentos periódicos políticos que se han publicado en Chile, *La Guerra a la Tiranía*, periódico que, amparado en un liberalismo de quita y pon, defendía la candidatura presidencial de don Joaquín Tocornal. El ángel exterminador no dejó mandoble por soltar: llamó al general Prieto *El tío Abraham Asnul*, atribuyéndole cuantos defectos, taras, vicios, delitos, groserías y deslealtades puede un hombre tener o cometer; en cuanto a Bulnes, a quien llamó Bulke, añadió de él: "este enfermo es un *traga-drogas*, como es un sumidero de coñac, pisco y ginebra. Sus enfermedades (Vallejo se hacía figurar, en el artículo de que sacamos esta cita, como el Doctor Raguer), son continuos delitos, *lepra presidentialis*, repetidas apoplejías y otros efectos de extravíos en la vida privada."

Pues Vallejo, que, como hemos dicho, no tuvo nunca una pasión política determinada y obraba siempre en ese terreno llevado por la simpatía, el odio o, como en el caso de don Joaquín Tocornal, por la gratitud, tenía el grave

y curioso defecto de enfurecerse cuando intervenía en ella, defecto que debía mostrar de nuevo muchos años más tarde, al volver otra vez a la política.

Desde el 30 de octubre de 1840 hasta el 31 de marzo de 1841, publicó en *La Guerra a la Tiranía* numerosos artículos de carácter político, a cual de todos más agresivos y más hirientes. Aquellos artículos, sin embargo, y sin duda para fortuna suya, no surtieron el efecto que su autor esperaba de ellos: don Joaquín Tocornal, su candidato, fué derrotado por don Manuel Bulnes, con lo cual no sólo feneció el periódico en que el novel periodista escribía sino que, mejor aún, feneció el periodista político. (Desgraciadamente, debía volver a resucitar.)

Y sin con la aceptación de la secretaría de aquella intendencia Vallejo había ingresado al mundo de los hombres, con la derrota de su candidato pareció salir, como de estampía, de ese mundo, en el cual, como lo hemos visto, no recogió sino dos frutos, negativo uno, positivo el otro: un odio tremendo contra un hombre, odio que duró tanto como su amor por una mujer, y la convicción de que su pluma servía para algo más que para escribir caritas a doña Petita Borcosque.

SEGUNDA PARTE

VIII

Era la primavera de 1841. Vallejo, que acababa de cumplir los treinta años, más tranquilo ya (había desahogado en *La Guerra a la Tiranía* toda la bilis que acumulara en sus cinco meses de prisión), debió hacer un balance de su vida. Estaba en crisis. No tenía ideales ni ambiciones de carácter político; era, por otra parte, hombre práctico, incapaz de comprender o concebir doctrinas o ideales abstractos; su imaginación era una imaginación inmediata, de elaboración rápida (de ahí que sólo fuera un escritor de costumbres, pues aunque poseía dotes de observador y una rica vena expresiva, carecía casi por completo de condiciones de creador literario, en el sentido más estricto del concepto); era hombre alegre aunque irascible, amigo del buen vivir: le gustaban las tertulias, el canto, el baile y

las niñas; finalmente, era buen hijo: el recuerdo de sus padres — tullido el uno, pobre anciana la otra — no le dejaba tranquilo. Había que hacer algo por ellos; por lo menos estar a su lado. ¿Qué hacía en Santiago? Había fracasado como empleado y como hombre político: no podía esperar nada del gobierno del general Bulnes, a quien había tratado tan mal. Por otra parte, estaba herido de una pasión sin esperanzas. ¿Qué hacer?

José Joaquín Vallejo volvió el rostro hacia el norte. Allá también, y en el valle de Copiapó, venía la primavera.

Hacía veintidós años que faltaba de su pueblo natal y en esos veintidós años habían sucedido allí algunos hechos que valía la pena considerar. Uno de ellos, sobre todo, llamaba extraordinariamente su atención: “El burrero Juan Godoy se hallaba el 18 de mayo de 1832 dando caza a un guanaco, y fatigado de la tenaz persecución que le había hecho, de la cual se burlaba el ágil habitante del desierto, sentóse a descansar sobre una piedra, esperando que sus perros volviesen con la boca ensangrentada a anunciarle que habían atrapado la presa, y le guiaran después al lugar de la victoria. No tardó en reconocer que tenía por asiento un crestón de metal de plata riquísimo... Godoy, vuelto de su sorpresa, ya no se acordó del guanaco, y hubiera olvidado también sus borricos que andaban por allí cerca, a no formar el plan de cargarlos de piedras ricas en lugar de leña, para dirigirse a Copiapó, donde pensaba aconsejarse con alguien sobre *lo que haría*, como si se en-

contrase en grandes apuros.” (Jotabeche: *Los descubridores del mineral de Chañarcillo*,)

Y eso no era todo. Copiapó no era ya el montón de escombros que él había abandonado el 10 de mayo de 1819: *la isla del desierto* vivía una época floreciente.

Corrían allí el oro y la plata; de la noche a la mañana se levantaban y hundían hombres y fortunas; grandes compañías teatrales, famosas artistas, visitaban los teatros de Copiapó; los *cangalleros* robaban a más no poder; las fiestas eran suntuosas; todos los días arribaban a Copiapó escuadrones enteros de desterrados argentinos; se bebía champaña como si fuese agua, y un hombre avisado, un hombre emprendedor y enérgico, podría encontrar allí, si no un crestón como el de Juan Godoy, por lo menos algunas barras de plata.

Vallejo dijo adiós a Santiago, se fué a Valparaíso, pasó allí, muy alegremente, las fiestas del 18, y el 22 de septiembre de 1841, en las últimas horas de la tarde, *se hizo al vapor*.

I X

Por esa época, y con un artículo publicado en *El Mercurio* (16 de mayo de 1841), titulado simplemente *Carta*, en el que describe un viaje hecho desde Santiago hasta El Volcán, por el cajón del río Maipo, se inicia la producción literaria de José Joaquín Vallejo.

No hay en su correspondencia ni en ninguno de sus escritos noticia alguna respecto de su formación literaria, ni del porqué eligió, entre los géneros literarios, aquel que llegó a hacerle famoso: el costumbrista, y aunque es cierto que un escritor no elige su género, no lo es menos el que raramente llegue al suyo de inmediato, o sea no sin antes haber cultivado otros. Pero no fué así; pasó, sin transición aparente, del terrible artículo político titulado *El Doctor Raguer*, publicado en *La Guerra a la Tiranía*, el 31 de Marzo de 1841, a esa *Carta* que parece escrita por otra persona, de tal modo es diferente el espíritu que anima ambas producciones.

Lo natural será estimar que la facultad literaria de Vallejo, como la de muchos escritores, era una facultad literaria reducida, no en cuanto a cantidad sino en cuanto a diversidad. Vallejo no publicó nunca otra cosa que artículos. Por otra parte, como hombre práctico, como buen burgués, temía el ridículo, ese ridículo a que no teme exponerse el verdadero creador literario, y nada como una prosa descriptiva, humorística a veces, melancólica otras, hiriente e irónica casi siempre, pero jamás con arranques líricos, podía preservarle de lo que temía. Eligió, pues, aquel género, obedeciendo, en primer lugar, a sus inclinaciones, y en segundo, a sus temores. (Vallejo, aunque escribió versos — seguramente ya en su madurez — no se atrevió jamás a publicarlos y se reía y hacía mofa de los que los escribían tan malos o un poco mejores que los suyos, cosa extraña esta, pues es raro el mal poe-

ta que se ríe de otro mal poeta. "Quizá de un día a otro, me dije, abrirán en aquel recinto un hoyo cuadrilongo para Jotabeche; hoyo donde se sepulten conmigo un surtido completo de esperanzas, los recuerdos de algunos momentos felices, la satisfacción de no haber publicado nunca mis versos, porque he caído, como uno de tantos, en la fragilidad de componerlos, pero diferenciándome en esto de nuestros vecinos de Oriente, que hacen tantos y tan malos y los publican sin remordimiento." Jotabeche: *Paseos por la tarde.*)

En el ensayo biográfico que don Miguel Luis Amunátegui escribió sobre José Joaquín Vallejo, se encuentran, sin embargo, algunas noticias sobre este asunto. Según Amunátegui, la edición hecha en Santiago, en 1842, de una colección de artículos de Mariano José de Larra, hizo brotar en la prensa de Santiago una gran cantidad de colaboradores que se esforzaban por imitar al escritor español. Fué así cómo las "columnas de *El Mercurio* estuvieron atestadas de artículos de política, costumbres y teatro, escritos a lo *Fígaro*, entre otros, por don Domingo Faustino Sarmiento, que tomaba generalmente el seudónimo de *Pinganilla*; por don Rafael Minvielle, que había adoptado el de *Duende*; y por don Manuel Talavera, el amigo de Vallejo, que se firmaba de diversos modos."

Esos artículos tuvieron variada suerte y dieron origen a muchos incidentes, entre ellos una pelea a bastonazos que debió sostener Sarmiento con un librero francés. "Sin

embargo, bien sumados y restados, eran más las ventajas que los inconvenientes del oficio de articulista de costumbres. Tal fué al menos la opinión sobre el particular de don José Joaquín Vallejo, que, estimulado por su amigo Talavera, determinó buscar por este camino alguna fama literaria. Además, no era hombre a quien asustasen las polémicas de palabra o de obra. Por el contrario, experimentaba inclinación a ellas; vivía con gusto en medio de estas luchas, que son tan odiosas para otros de carácter más pacífico.” (M. L. A., o. c.)

¿Qué habría pasado si Larra no hubiese existido? Con seguridad, tampoco habría llegado a existir *Jotabeche*, por lo menos tal como existió. “Adoro a Larra — decía en 1843 y rara vez me duermo sin leer alguna de sus preciosas producciones.” En su artículo *Un viajecito por mar* — también de 1843 — agrega: “¡Larra, español ilustre: un atolondrado (este atolondrado era nada menos que Sarmiento) que escribe en mi patria y cuyas producciones y *zamoraidas* meten el mismo ruido, que los cascabeles de un farsante en exhibición pública, ha hecho de tu último pensamiento una burla impía. Empero sólo él ultraja en Chile tu memoria. Yo respeto el fin de tus días como las inspiraciones del genio divino que las animara y creo que no se habrá aniquilado y perdido esa chispa brillante que, al nacer tú, arrojó la *Luz* de los cielos entre los humanos.” El lirismo de *Jotabeche* no era, como se ve, de

muy buen cuño, y aunque Larra fuese su padre literario, él no fué, de ningún modo, su hijo.

Los artículos que Vallejo escribió se publicaron, primero, en *El Mercurio* (Rivadeneira, editor de este diario, le pagaba dos onzas por cada uno, cantidad que, según Vicuña Mackenna, era en ese tiempo casi el capital de un banco; dos onzas son un poco más de mil quinientos pesos de nuestra moneda actual), en *El Semanario* y finalmente en *El Copiapino*.

En esos artículos hay de todo, pero especialmente cuadros de costumbres y observaciones y descripciones de pueblos, de individuos y hasta de animales, temas estos que fueron su fuerte y a los que debió su fama y debe su gloria. "Jotabeche — dice Vicuña Mackenna — fué un escritor chilénísimo, ladino, criollo, malicioso, embeleque-ro, copiapino y minero." Esa opinión de Vicuña Mackenna debe ser completada con esta otra, de Sarmiento: "El rival más formidable que se alzó en la prensa, fué Jotabeche, a quien inspiró en sus principios la pasión de los celos. Tanto talento ostentaba en sus ataques, tan agudo era su chiste incisivo, que hubiera dado al traste con mi petulancia si él no hubiera flaqueado por el fondo de las ideas generales de que carecen sus artículos, y por el lado de la justicia, que estaba de mi parte." Sarmiento se refiere aquí a la polémica que Vallejo sostuvo con él y con otros emigrados argentinos sobre el romanticismo y otros temas, polémica en que, cada uno por su lado, dijo del otro las mayores atrocidades.

X

“Al acercarse, pues, a Copiapó, al divisar sus arboledas, sus elevados sauces, cuyo alegre verdor resalta en el fondo descolorido de las alturas que terminan el paisaje, el alma cree despertar de una odiosa pesadilla, e involuntariamente estalla nuestro alborozo como si después de una larga navegación avistásemos la costa de la patria y el aire llevase hasta nosotros las fragancias de sus bosques. ¡Sa. ud, valle hermoso, oasis encantado del desierto! El fatigado viajero se aproxima a ti tan contento como al hogar de sus padres; te avista como a su amigo después de una larga ausencia y te bendice como el peregrino a la posada que lo alberga por la noche.”

Con estas palabras, el hombre que veintidós años atrás, siendo niño, emigrara llorando del destruído solar nativo, saludó a su pueblo. ¡Quién te vió y quién te ve! “Ya no hay tarimas, ni escaños ni taburetes. Muebles elegantes se han sustituido a esta colección de respetables mamarrachos. Los alfombrados de tripe, sofás y sillas de crin, el mármol y la caoba, los espejos y pianos cubren hoy las piezas de recibo, cuyas paredes tampoco admiten colgaduras de zaraza sino bonitos empapelados... A la vista del contraste entre el Copiapó que fué y el que vemos, tienen mucha razón algunos para exclamar, llevándose ambas manos a la cabeza: “¡Quién te vió y quién te ve!”

La familia, los parientes, los amigos de la familia y los amigos de los parientes, en buenas cuentas casi todo el

pueblo, recibieron a Vallejo en las palmas de las manos: volvía el emigrado, el hombre de estudios, el hombre que tenía relaciones en Santiago, el temible panfletista político. Es cierto que no tenía profesión, pero allí no hacía falta tener ninguna: Juan Godoy había sido burrero, y miserable cateador Pedro Arenas, el descubridor de Pampa Larga. Aquel que se quedaba dormido en la falda de una montaña no sabía si despertaría acostado sobre toneladas de plata y el que se agachaba a recoger una piedra para arrojársele a un perro o a un burro, no sabía si la piedra que le caería en suerte sería una bola de plata pura.

Pero Vallejo, claro está, no sería ni burrero ni cateador. Como en todo pueblo minero, había en Copiapó más pleitos que minas y mineros. "Tengo para mí que debe haber muchas minas buenas, porque hay muchos pleitos malos. Sabido es que cuando alcanza un minero, hablando en oro, quien alcanza no es el minero sino el escribano. No ha quince días escribía uno de Chañarcillo a un abogado: "Muy señor mío: después de dos años de broceo
" topé antes de ayer con un crucero que hizo pintar la ve-
" ta, y la llevo en buen beneficio. Por lo que puede tro-
" nar incluyo a Ud. un amplio poder para que me repre-
" sente en cuanto pleito promuevan ahora, en mi contra."

El abogado le contestó: "Muy señor mío: me es muy
" sensible no poder servirle admitiendo el poder que le
" devuelvo, porque cuando recibí su apreciable, acababa
" de comprometerme a defender a don N. que va a de-
" mandar a Ud. alegando su derecho a la mitad de esa

“mina; don X. se presentó ayer demandando la otra mitad; don Y. se la ha denunciado hoy mismo por disfrutada, y los menores de don Z. andan buscando abogado para interponer una tercería. Sus acreedores celebran mañana una reunión para pedir la mina en prenda pretoria”. El minero había alcanzado en una labor, y el escribano en cinco”. (*Carta de Jotabeche*).

Y aunque Vallejo no había terminado sus clases de legislación en el Instituto Nacional ni tenía título de abogado, adoptó la decisión de dedicarse a defender algunos de aquellos “muchos pleitos malos”, es decir se convirtió en “tinterillo”. Ignoramos que clase de rábula fué, pero, seguramente, siendo, como dice Vicuña Mackenna, “ladino, criollo, malicioso, embelequero”, debe de haber sido un tinterillo de primer orden, modelo de rábula. Sin embargo, no paró ahí. Vivía en un pueblo de mineros y era abogado de ellos; lo lógico y natural era que terminara siendo lo que sus clientes; fué lo que pasó. Su profesión, por lo demás, le dió, con toda seguridad, ocasión para ello, es decir ocasión para hacer un “alcance”; y alcanzó con buen éxito. Llegado a Copiapó en el mes de octubre de 1841, pudo escribir a su amigo Manuel Talavera, en mayo de 1842, o sea siete meses después, lo siguiente: “Lo poco que puedo decirte sobre mi situación presente, es que trabajo mucho, lo que me tiene contento; que me quieren en Copiapó, a pesar de que con el tiempo que ha pasado desde que llegué a ésta bastaba para que no me quedase un solo amigo. He de adquirir muy pronto una

nueva sexta parte en otra mina, regalo de Quezada; sirvo a cuantos me ocupan y en cuanto puedo, motivo más de extrañeza respecto a lo que te acabo de decir del aprecio que me tienen. Recorro los minerales cuando quiero darme dos o tres días de asueto, porque me gusta esta naturaleza tan sin expresión, tan bruta y tan rica. Me parece ver en ella uno de nuestros mayorazgos bestias”.

Aquella sexta parte y otra quinta, cuarta o tercera, llegaron a formar con el tiempo un total respetable. Ser minero y tinterillo al mismo tiempo debe haber sido, en Copiapó y por esos años, lo mismo que ser espada y escudo a la vez, a'go temible y efectivo. Pero Vallejo, hombre trabajador, no se resignó únicamente a ser dueño de una parte de una mina o de otra; pretendió descubrirlas. Recuerdos de esas tentativas ha dejado en el artículo *El derrotero de la veta de los Tres Portezuelos*, donde cuenta las aventuras que corrió, acompañado de algunos amigos, al pretender descubrir esa tan famosa como fabulosa veta.

En 1849 Vallejo era ya un señor de las minas, un hombre acaudalado. En ese año, con fecha 21 de enero, decía a su amigo Manuel Antonio Tocornal: “Por la carta que escribo a mis compañeros Matta y Carvallo sabrás cuanto hay aquí respecto a minas y política. Según lo que tengo hablado con Blas Ossa y José María Gallo, serás dueño de las dos barras en las Descubridoras de *Tres Puntas* luego que llegues a ésta. Pero el mejor negocio que se presenta es la compra a Escobar de sus dos barras por quinientas onzas. Piensa en este asunto, porque me parece in-

dispensable que hagas la compra si hemos de colgar el capelo y vivir algunos años sin tener que verles la cara y el gorro negro a los presidentes de la Suprema Corte”.

En otra carta al mismo amigo, en el mismo año, agrega: “Por lo que hace a las (minas) mías, no me tienen descontento, a pesar de su tal cual broceo. Tenemos nuevamente de administrador en la *Veta Moreno* a su descubridor, y espero que éste nos de, por su propia virtud, un buen alcance. Mis otras pertenencias me tienen también muy halagado; lo cual, si es una bobería, por lo pronto es una bobería que me distrae agradablemente”.

XI

Mientras se enriquecía no descuidaba sus labores periodístico-literarias. Su colaboración en *El Mercurio* era asidua, y como la literatura chilena empezaba recién a ser literatura y a ser chilena, sus artículos, de estilo sencillo y lenguaje depurado, graciosos y llenos de observaciones sobre motivos que constituían una novedad no sólo literaria sino que nacional, recibieron entusiasta acogida. En 1843. la Universidad de Chile, recién fundada, le nombró miembro académico de la facultad de humanidades. (“Quiero mandarme hacer un uniforme de miembro de la Universidad de Chile para el 18 de septiembre próximo. Dime cómo es y cuánto importaría”).

Por esa época fué elegido miembro de la Municipalidad

de Copiapó. ¡Regidor y miembro de la facultad de humanidades, con uniforme y todo! Decididamente, la fortuna y la gloria sonreían a José Joaquín Vallejo. La cosa subió de grado cuando el gobierno le ofreció la secretaría de la intendencia de la provincia de Atacama, ofrecimiento que Vallejo, escamado, se apresuró a declinar: no tenía ganas de encontrarse con otro intendente. Declinó asimismo una proposición que se le hiciera para fundar un diario en Santiago: “Y no lo atribuyas a pereza, ni mucho menos a modestia, que hablando contigo me sentaría muy mal; créeme que por lo que me cuesta cada uno de los artículos que suelo remitirte, calculo mis fuerzas, y concluyo que son más que insuficientes para sobrellevar, como es debido, el compromiso a que me incitas. Trabajando bastante, saldría con mi parto o aborto acostumbrado cinco veces al mes, y esto es muy poco para lo que demanda un diario”.

Dos años después, Vallejo fundó en Copiapó un periódico semanal que llamó *El Copiapino* y cuya aparición fué acompañada de un incidente muy desagradable: su director se dió de trompadas, en plena calle, con el señor Eusebio Squella, colega suyo en la municipalidad y gobernador suplente del departamento. Nadie supo nunca quién había sido el que agredió primero a quién: Vallejo culpó al gobernador; el gobernador, a Vallejo. Lo único que se supo es que tanto el uno como el otro resultaron con un ojo en tinta. El asunto murió a manos del consejo de estado.

Vallejo terminó, en aquel periódico, la serie de sus celebrados artículos de costumbre. Pero no había fundado *El Copiapino* sólo para publicar en él sus producciones literarias; lo había fundado para algo más: el periódico se convirtió en el terror de cuanto mandón arbitrario o desidioso había en el departamento; asimismo, en el más entusiasta colaborador de toda idea o proyecto que tendiese al progreso y bienestar de la región.

XII

Desde 1845, José Joaquín Vallejo, rico ya, interviene en política. Según don Alberto Edwards, en Chile son escasos aquellos egoístas “que, después de alcanzar posición y fortuna, no se interesan en forma activa por la cosa pública”, tengan o no condiciones para ello, debió agregar el autor de *La fronda aristocrática en Chile*. Vallejo siguió la norma.

En 1845 y los años que siguen hasta el 48, su actuación es, sin embargo, casi impersonal. En el primero de esos años auspició y defendió la candidatura a diputado por Copiapó de don Pedro Palazuelos, caballero que era, según su auspiciador y defensor, “liberal y amigo del ministerio”, altas virtudes que no sirvieron de gran cosa al candidato, pues fué derrotado.

Vallejo, cosa rara, se tragó silenciosamente su derrota, y no sólo se la tragó sino que persistió en su afán de ser

gobiernista: en 1846, el antiguo redactor de *La Guerra a la Tiranía*, el hombre que más groserías e injurias había dicho, por escrito, a don Manuel Bulnes, proclamó, en grandes y gordas letras y en las columnas de *El Copiapino*, la candidatura del general para la presidencia de la república por el período 1846-51. Vallejo tenía, en política, pésima memoria.

Pocos días después de esta proclamación *El Copiapino* apareció por última vez bajo la dirección de Vallejo. "Los enemigos compraron la imprenta, y han puesto dos de los suyos en la redacción... La imprenta me tenía cansado, aburrido a veces hasta arrancarme millares de choreos. Tener que escribir, tener que atacar, tener que defenderme, lidiar con impresores y con una legión de diablos, era una bien desagradable tarea que cargaba sobre mí sin que nada me recompensase".

Vallejo había publicado setenta y un números.

Apartado del periodismo, abandonó sus labores literarias y se dedicó exclusivamente a los negocios. En 1847, sin embargo, publicó un nuevo artículo, el último que debía salir de su pluma: *Francisco Montero. Recuerdos del año 1820*. A fines de ese mismo año apareció el volumen que contenía la primera colección de sus artículos. Llevaba un prólogo de Antonio García Reyes.

El año 1848 pasó sin que Vallejo hiciera otra cosa que ejercer la representación de las Empresas Unidas de las Compañías de Minas de Copiapó. En 1849, colmadas sin duda las condiciones que apunta don Alberto Edwards, se

lanzó de lleno a la política, presentándose como candidato a diputado por los departamentos de Vallenar y Freirina. Su programa era exclusivamente regionalista. "Antes que todo, seré provinciano", aseguró.

Vino a Santiago, se declaró enemigo del ministerio Vial y regresó inmediatamente al norte a atender los asuntos de su candidatura. En carta dirigida a los editores de *El Mercurio* y *El Comercio*, aseguró: "Voyme, pues, al Huasco. Quiero la cámara o la cárcel; y ¡Viva la república!" Ganó la elección.

XIII

La historia del diputado Vallejo es corta y poco brillante. Ocupó su asiento, en 1849, desde junio hasta agosto; lo hizo por un período más o menos igual en 1850 y faltó durante todo el año 1851. "Su estreno en la cámara fué desgraciado" — asegura don Miguel Luis Amunátegui —. Por encargo de sus correligionarios políticos debió oponerse a la elección de Carlos y Juan Bello, camarada suyo el primero y hermanos ambos de Francisco, aquel Francisco a quien Vallejo, según él mismo, había amado tanto.

La primera vez que usó de la palabra con cierta extensión, don Bartolomé Mitre, que se hallaba presente en la sala, dijo de él, al día siguiente, en las columnas de *El Progreso*: "El diputado por el Huasco ha demostrado que,

si es uno de los mejores prosadores de Chile, no está destinado a hacerse célebre como orador”.

Don Domingo Arteaga Alemparte, en su discurso de incorporación a la facultad de filosofía y humanidades de la Universidad de Chile, dijo de Vallejo, diputado: “Si fuera permitido comparar las nobilísimas luchas del parlamento con las bárbaras corridas de toros españoles, me atrevería a asegurar que el diputado por Vallenar fué en aquella hermosa asamblea un audaz banderillero, pero nunca una primera espada”. Vicuña Mackenna, por su parte, trazó del diputado Vallejo la siguiente semblanza: “Era entonces Jotabeche un hombre de 45 años, de rostro encendido, vivo y casi agrio, porte militar, voz ahuecada y desapacible, gesto impaciente, lengua incisiva y picante como cáustico, levantado tupé sobre preñada frente, retorcido bigote en boca fina y osada; en una palabra, un coronel retirado con treinta años de servicios, descontentadizo y regañón... Jotabeche, diputado, no hablaba, interrumpía y a él se debió la abolición de los pasaportes, que fué como abolir la impertinencia”.

Vallejo fué el diputado que, poniendo fuera de sí a Lastarria, hizo decir a éste su famosa frase: “Tiene razón, Su Señoría; tengo talento y lo luzco”.

En una ocasión, y llevado por su elocuencia y sus condiciones de literato, llamó a la bandera “glorioso trapo”. El premio a esta figura literaria fué una rechifla general, que Vallejo recibió sin inmutarse y sin chistar. Pero las insolencias de Vallejo diputado no se limitaron a ser pu-

ramente verbales: convertido en corresponsal de *El Mercurio* de Valparaíso, publicó en este diario una enorme cantidad de insolencias escritas. Dice don Miguel Luis Amunátegui: "El corresponsal de *El Mercurio* fué una verdadera resurrección del redactor de *La Guerra a la Tiranía*. Vallejo, al fin de su carrera de escritor, volvió a incurrir en las mismas faltas que había cometido al principio de ella. Echaba sublimado corrosivo en su tinta. Las correspondencias a *El Mercurio* son saladas, talvez jocosísimas; pero juntamente muy personales, siempre insolentes, en ocasiones groseras."

Vallejo presentó a la cámara varios proyectos que fueron aprobados. En 1852 fué elegido nuevamente diputado, esta vez por los departamentos de Cauquenes y Constitución. No ocupó jamás su asiento en la cámara.

XIV

En 1852, "al fin cargó el diablo conmigo. Jotabeche se casa con su sobrina Zoila... La historia de mi matrimonio es corta. Recibí la inspiración en las bendiciones de Elisa Tupper, llevando en la cabeza una copa de vino que bebí en casa de tu padre. Esto fué el dos del corriente. El tres, yendo con mi sobrina a la ermita en un birlocho, le propuse el negocio que lo aceptó *sans compliments*. Pasaré con mi mujer en Santiago todo el período legislativo con menos frío que el invierno anterior. Ojalá resul-

te de todo ello un Carlitos". (Carta a Manuel Antonio Tocornal).

Tenía ya treinta y nueve años. Telmita, o Matilde, el amor de toda su vida, no sólo se había casado sino que había muerto. ¿Qué esperaba?

Un año después, y a consecuencias de la elección de don Manuel Montt, estalló en Chile una violenta revuelta. Vallejo, que por esos días se hallaba en Copiapó, se puso al frente de cien hombres y se dirigió apresuradamente a Chañarillo, pueblo que pareció querer como a las niñas de sus ojos y el que halló saqueado y despedazado por los revoltosos. Según algunos (entre ellos el juez letrado de Copiapó), en aquella ocasión Vallejo "se dejó guiar por las visiones aterradoras, pero mentirosas, de una imaginación febril, que le hacía ver las cosas demasiado abultadas, y le llevó a aconsejar medidas imprudentes y rigurosas, inspiradas por un miedo pánico, las cuales por su aplicación produjeron el peligro que se había tratado de evitar". (M. L. A., o. c.).

El resultado de la expedición fué un muerto, varios heridos y noventa presos, a setenta y cuatro de los cuales puso en libertad, por ser inocentes, el juez de Copiapó. Poco después la insurrección estalló en esta última ciudad, dominando en ella algunos días. Afortunadamente Vallejo se hallaba en Caldera; de otro modo, su vida habría terminado allí, pues los revoltosos le buscaban para matarle, vengando así a sus camaradas de Chañarillo. Sin embargo, no sintiéndose seguro en Caldera, huyó de

allí, siendo ayudado por un pescador que le facilitó un bote con el que pudo alcanzar un vapor que le trasladó al sur. Vallejo recompensó al pescador regalándole una barca nueva y un aparejo completo de pesca.

X V

El 26 de noviembre de aquel año, Vallejo fué nombrado encargado de negocios de Chile en Bolivia, misión diplomática en la que fracasó. El gobierno boliviano, que se hallaba ofendido con el de Chile, después de desairar a su encargado de negocios teniéndole cuatro días sin contestar el oficio en que pedía se le señalase día y hora para presentar sus credenciales, le dirigió una nota que, enviada por Vallejo a Chile, produjo como resultado el que don Antonio Varas, ministro de relaciones, le ordenase pedir al gobierno de Bolivia el retiro de ella o su pasaporte. Solicitada la entrevista con el ministro de relaciones boliviano, Vallejo recibió la llamada por respuesta, en vista de lo cual se retiró de La Paz.

Vuelto a su tierra, se fué a Copiapó, dedicándose exclusivamente a los negocios y olvidándose del todo de la literatura y de la política. Nombrado director de la empresa constructora del ferrocarril de Caldera a Copiapó, de la cual era accionista, lo único que en los años que antecedieron a su muerte produjo su pluma fueron las memorias anuales de aquella empresa.

Así transcurrieron tres o cuatro años, al cabo de los cuales, atacados él y su mujer de una terrible tisis a la garganta, abandonó Copiapó y viajó por Argentina y Perú quizá con la idea de que un cambio de clima le procurara alguna mejoría. Muerta su mujer en aquel último país, Vallejo regresó solo a Copiapó, donde murió, en su hacienda de Totoralillo, el 27 de septiembre de 1858, a la edad de cuarenta y siete años.

Dejó tres hijos. Dejó, además, algunas producciones inéditas, producciones que su familia quemó, temerosa del contagio.